

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
DEPARTAMENTO DE DRAMA

NOCHE DE GUERRA EN EL MUSEO  
DEL PRADO

Rafael Alberti

SECCION DE BIBLIOTECAS Y ARCHIVOS  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
CALLE DE LAS CASAS  
SAN JUAN, P.R. 00906

(Aguafuerte, en un prólogo y un acto)

(1956)

MS  
80/10/11

61 PE 811

27



# NOCHE DE GUERRA EN EL MUSEO DEL

## PRADO

### PERSONAJES

Autor

Los que pertenecen a los cuadros, dibujos y aguafuertes de Goya:

Manco

Vieja 1

Fusilado

Vieja 2

Amolador

Vieja 3

Estudiante

Descabezado

Maja

Burro

Torero

Buco

Fraile

Ciego

Comparsa de lisiados y pueblo de Madrid.

Estos personajes han de vestir como a comienzos del siglo XIX: unos, en colores vivos, pero opacos, y otros en grises, sepias, blancos y negros, buscando el claroscuro de los dibujos y aguafuertes.

Los que pertenecen a un cuadro de Ticiano:

Venus

Adonis

Marte

Venus ha de ir casi desnuda, con un color blanquecino de estatua. Adonis, con túnica color vino granate, muslos desnudos y sandalias. MARTES, primero, con piel y máscara de jabalí. Luego, casi desnudo, con casco de acero.

Los que pertenecen a Velázquez:

Enano

Rey

EL ENANO ha de ir lo mismo que en el retrato titulado "D. Sebastián de Mora". EL REY, como en el Disparate no. 2 de Goya, que lleva la leyenda: "Locura del miedo": capucha y ropón oscuros de espantajo.

Personaje que pertenece a un cuadro de Fra Angelico:

Arcángel San Gabriel

Ha de ir vestido con una túnica color rosa pálido.

El que pertenece al retablo anónimo de Arguis:

Arcángel San Miguel

Espada y túnica rojo violento.

Personajes actuales:

Miliciano 1

Miliciano 2

La acción, en el Museo del Prado de Madrid, y en noviembre de 1936

Muchas de las frases que dicen los personajes de esta obra, son las mismas que Goya puso al pie de sus dibujos y aguafuertes.



## PROLOGO

DECORACION: En penumbra, un gran telón blanco, a modo de pantalla cinematográfica, diseñada en él con líneas negras la perspectiva de la sala central del Museo del Prado. Al surgir el AUTOR, es iluminado su rostro por un rayo de luz.

AUTOR: Buenas noches, señoras y señores. Aunque mejor debiera decirles "Buenas días", porque en aquella fecha el cielo estaba azul y un ancho sol casi de otoño apoyaba su mano cálida contra los muros de esta casa. Así que, entonces! Buenos días, señoras y señores. Pero... ¿bueno? No, buenos, no; malos y más que malos, para esta casa de la Pintura, aquellos que corrieron a raíz de aquel 18 de julio de 1936. Casa de la Pintura, sí. Y la llamo así, casa, porque para mí fue la más bella vivienda que albergara mis años de adolescencia y juventud. A ella llegaba yo cada mañana, quedándeme arrobado en sus cuartos más íntimos o en sus grandes salones, por los que oía de pronto el ladrar de los perros de Diana o me encontraba de improvviso en el claro de un bosque con las tres diosas de la Gracia, lozanas y redondas, como aquel fauno de los campos de Flandes las ofreciera un día a nuestros ojos. Los cierro ahora, sí, señoras y señores, y al cabo de tan largos años de destierro y angustias, todavía las veo, sorprendido. Era yo un inocente pueblerino cuando me atreví a entrar por vez primera en esta casa. (Al retirarse el rayo de luz que ilumina el rostro del Autor, aparecen en la pantalla "Las Tres Gracias", de Rubens.)

Yo no sabía entonces que la vida tuviera  
Tintoretto - verano -, Veronés - primavera -,  
ni que las rubias Gracias de pecho enamorado  
corrieran por las salas del Museo del Prado.

(Pausa ligera.) Así eran las tres claras deidades... y así seguirán siendo, por arte y gracia de Pedro Pablo Rubens, sobre aquellas paredes del Museo madrileño... porque, señoras y señores, la que yo consideraba mi vivienda era, ya lo han adivinado, nada menos que el Museo del Prado de Madrid. (Se oye, cercana, una gran explosión. "Las Tres Gracias" desaparecen.)

UNA VOZ: ¡Pronto! No hay tiempo que perder. Aviones rebeldes han arrojado las primeras bombas sobre la capital. Cualquier demora podría ser funesta para nuestro Museo. Como medida urgente, en espera de otras más seguras, se resguardarán las obras en los sótanos del edificio...

AUTOR: Y así, por orden del Gobierno de la Republica, se comenzó el salvamento del Museo del Prado. Aquel primer ensueño de mi vida se había desvanecido entre el humo y la sangre de la guerra. (Ha aparecido en la pantalla "Los fusilamientos del 3 de Mayo en la Moncloa", de Goya.) Milicianos de los primeros días, hombres de nuestro pueblo, como ésos que Goya vio derrumbarse ensangrentados bajo las balas de los fusileros napoleónicos, ayudaron al salvamento de las obras insignes, 1808. 1936. Tenían las mismas caras, hervor idéntico en las venas, iguales oficios... Uno sería arriero por los caminos castellanos... (Va desapareciendo "Los fusilamientos".) Tal vez otro, aguador por San Antonio, por Atocha, por la Pradera de San Isidro", de Goya.) También como en el año 1809, muchachas de Madrid, lo mismo que esas majas y manolas que ahí charlan con sus novios junto al río, corrieron a la lucha al lado de sus hombres... (Desaparece "La Pradera".) Con premura, iban los cuadros y dibujos del P Prado descendiendo a los sótanos. Parecía oírse su protesta por aquella condena inesperada. (Aparece un dibujo de "La Tauromaquia", en el que se ve a un torero iniciando la suerte de matar.) Ahora le toca a este torero...

VOZ DEL TORERO: ¡No, no! ¡Dejadme que lo matei ¡Ea mi último toroi  
¡Es mi último toroi (Desaparece, sustituyéndolo el agua



fuerte número 37 de "Los desastres de la guerra", titulado "Por una navaja".)

AUTOR: A éste, los invasores de Napoleón le dieron garrote. ¡Por una navaja! Tal vez sería amolador. Lo encontrarían con ella al hacerle guerra de independencia. (Desaparece.) También entre los frailes hubo buenos patriotas... (Aparece el aguafuerte número 38, también de "Los desastres de la guerra".) ¡Bárbarosi, exclama el propio Goya al pie de este aguafuerte. (Desaparece.) Cosas más duras vio el pintor. Nadie se atrevió nunca, hasta que él lo hizo, a dejarlas grabadas en el acero. (Aparece la lámina 39 del mismo álbum.) Mirad. Se diría que la cabeza cortada de ese hombre va a romper a gritar reclamando justicia. (Desaparece.) Estudiantes, embozados galanteadores y espadachines nobles y plebeyos, entremexclados con los más crueles desastres de la guerra, fueron también a hundirse al fondo de los sótanos. Luego, las más negras visiones del gran aragonés comenzaron a desfilar ante mis ojos. Era el infierno del andrajo, de la doliente y desgarrada miseria española. Se escuchaba la voz de todo un pueblo hambriento y desposeído.

CORO DE VOCES: ¡Ole, ole, ole, ole, ole, olei...  
(Aparece "La Peregrinación a San Isidro".)

VOZ DEL CIELO: (Cantando, acompañado de guitarra.)  
Si yo pudiera, si yo pudiera.  
hasta el hambre que tengo  
me la comiera.

CORO DE VOCES: Es el ole de los lisiados, de los pobres tiñosos, del mor-  
dedor tracoma que anda suelto por esas ferias y caminos.  
Después, "La asamblea de las brujas" (aparece este cuadro), de  
los más feroces espantajos, atónitos los rostros ante la oscura  
plática del gran Buco, el demonio cabrío, barbón y cornudo.

VOZ DE LAS VIEJAS 1, 2 y 3 (riendo, hasta llegar a la estridencia.)  
¡Ji, ji, jii ¡Ji, Ji, Ji, Jii

AUTOR: (mientras el cuadro desaparece). Ríen, ríen, ríen las viejas a  
los conjuros misteriosos de su jefe...

VOZ DE UNA VIEJA (al aparecer un fragmento del cuadro titulado  
"Las viejas"). ¿Qué tal?

AUTOR: ¿Qué tal?, le pregunta el espejo a la cien veces maltratada  
por Goya María Luisa de Parma, la casquivana esposa de D. Carlos  
IV de Borbón, soberano y señor de España y de sus Indias.

VOZ DE LA VIEJA 3: ¿Qué tal? Ya la estáis viendo. Un mascarón desierto  
y arrugado, con olor a podrido. ¡Ufi ¡Qué no te vea tu  
Manolo, que no te vea tu Manoloi ¡Ji, jii (Desaparece el  
cuadro.)

AUTOR: Manuel Godoy y Álvarez de Faria, su Manolo, era bello, un her-  
moso oficial (aparece el retrato de Godoy en la "Guerra de las  
naranjas") de las Reales Guardias de Corps, quien por amores  
con la reina llega a ser nada menos que...

VOZ DEL MANCO: ¡Un dictador\_!

VOZ DEL FUSILADO: ¡La perdición de España!

VOZ DEL FRAILE: El abrió nuestras puertas a los franceses...

VOZ DEL ESTUDIANTE: Trajo a Napoleón a nuestro suelo...

VOZ DEL AMOLADOR: Nos entregó indefensos a sus crueles soldados...



VOZ DEL DESCABEZADO: Nos vejó, nos pisoteó, nos inundó de sangre...

VOZ DE LA VIEJA 3: (mientras desaparece el cuadro). ¡Manolo, mi Manolo, ay, qué cosas nos dicen! Defiende a tu querida... (Dentro, ríen todos al par que en la pantalla aparece el dibujo de Goya titulado "Borricho que anda en dos pies". Mientras las risas se trocan en rebuznos, esta imagen desaparece.)

AUTOR: Horas cada vez más terribles para nuestro Museo. Se trabajaba sin descanso, día y noche. Después de los Goya, bajaron los Velázquez al subsuelo. (Aparecen juntos el enano "D. Sebastián de Morra" y el "Retrato del Rey Felipe IV en traje de caza".) Recuerdo sobre todo a este mal encarado Don Sebastián de Morra, enano preferido del rey Felipe IV, aquel monarca que abandonaba por la caza y el amor de una comica sus reales deberes... (Desaparecen.) Tras los Velázquez, descendieron los Greco... Aquellos caballeros en penumbra, como llamas exangües... Las vírgenes y santos de miradas torcidas, arrebatados y amasados como en un barro incandescente... Y los severos Zurbaranes... Las sombras tenebrosas de Ribera, la desollada piel de sus mártires... Entre los primitivos castellanos, le tocó el turno a un arcángel guerrero (aparece el arcángel San Miguel del retablo de Argüis), un bravo San Miguel combatiendo contra los demonios, que yo tenía olvidado. (Desaparece.) Cuando llegó la hora a la escuela italiana, pasó ante mí, entre las maravillas de Rafael, Veronés, Tintoretto, otro celeste ser alado que forma parte de la resplandeciente trinidad arcangélica: San Gabriel. (Aparece la "Anunciación de Fra Angélico".) ¡Oh, qué pena me dio, señoras y señores, ver a tan frágil criatura del Beato Fra Angélico, doblada con unción ante el esbelto tallo de María, correr también hacia las bocas oscuras de los sótanos. (Desaparece.) Iba ya a terminar el extraño desfile... Ticiano había quedado de los últimos... Yo estaba ya cansado de tantos días y noches de tensión y vigilia. Pero de pronto pasó un cuadro... ¡Deteneos un instante, por favor!, dije a los milicianos que lo transportaban. Era una obra cuyo tema yo había aprendido en el poeta Garcilaso y siempre me gustaba recitarlo en mis visitas a la sala del pintor de Venecia. (Aparece "Venus y Adonis".)

Adonis éste se mostraba que era,  
según se muestra Venus dolorida,  
que viendo la herida abierta y fiera,  
sobre él estaba casi amortecida.  
Boca con boca coge la postrera  
parte del aire que solía dar vida  
al cuerpo por quien ella en este suelo  
aborrecido tuvo al alto cielo.

Versos que aluden al final de la fábula de Venus y Adonis, a la historia de sus rotos amores por los celos de un dios... (Desaparece la obra de Ticiano oyéndose un triste y prolongado aullido de jauría.) Cuando este cuadro, el último, desaparecía por la puerta del fondo, me pareció escuchar el largo aullido de los perros de Adonis, desesperados por los campos.. (Pausa) La primera etapa de la salvación del Museo del Prado había concluido. El pueblo estaba ufano de cuidar sus tesoros... Las salas quedaron desiertas. Sólo las huellas de los cuadros se veían estampadas en sus muros. Hoy, fuera, sobre los techos del Museo ya no está el cielo azul ni el sol apoya sobre ellos su mano calurosa. Termino. Pero antes... Perdonad un olvido involuntario. No les dije mi nombre. Por si acaso les interesa, podrán hallarlo en el cartel, en el programa, dando título al acto que van a ver representar dentro de unos segundos.

Y ahora, sí: Buenas noches, señoras y señores. (Se va levantando el telón.)



## ACTO UNICO

Decorado Unico: Sala grande, central, del Museo del Prado, completamente deshabitada. Marcadas en los muros se ven, de diferentes tamaños, las huellas de los cuadros, que ya han sido retirados a los sótanos. El entarimado se halla cubierto de arena. Aquí y allá, esparcidos, sacos terreros. A medio cubrir por éstos, una gran mesa del siglo XVI. Es una noche de guerra de Madrid, durante los días más graves del mes de noviembre del año 1936. Al levantarse el telón, no se adivina nada de lo que hay en la escena. Se oye un cañoneo lejano. De una puerta oscura del fondo, avanzan dos farolones de luz amarillenta, llevados por el FUSILADO y el AMOLADOR, quienes los dejan en el suelo al detenerse ante la mesa. Cada uno, a la espalda, cuelga un viejo fusil. Los acompaña el MANCO, que arrastra un largo sable.

MANCO: (al FUSILADO y al AMOLADOR, que se mueven con aire de fatiga) ¡A ver! Esos sacos. Aquí. Y aquellos otros, a este lado. Que no quede un resquicio. De pared a pared. ¡Gran barricada va a ser ésta!

(El Fusilado y el Amolador comienzan lentamente a acarrear los sacos terreros.)

FUSILADO: Dicen que ya han ocupado la Pradera.

AMOLADOR: Y que se han visto moros por la calle Mayor.

FUSILADO: Y que el Emperador está otra vez en Chamartín.

VIEJA 1: (todavía invisible) ¡Ji, ji, ji, ¡Napoleóni ¡Qué risa!

MANCO: (alzando uno de los faroles y asomándose a la barricada). - ¿Quién puede andar entre los sacos? (De entre los que ya cubren parte de la mesa, surge la Vieja 1: Espantajo de negro con ojos de lechuza, bigotes y verruga con pelos.)

VIEJA 1: ¡Napoleóni ¡Napoleóni ¡Napoleóni Yo guardo su retrato... Al fondo de un bacin... ¡Ji, jii ¡Cómo lo pongo al pobre todas las mañanasi

MANCO: ¿Qué diablos haces aquí, vieja bruja?

VIEJA 1: Espero. Soy una dama de la reina. ¿No tenéis un trago de vino? (Chirriando fuertemente.) ¡Pero qué frío hace esta noche! ¡Qué puñetero retrefrío!

MANCO: (tirándole una pequeña bota de tinto que le cuelga de un hombro) ¡Tomai ¡Y a callar, borrachinai (A los hombres.) No hay tiempo que perder. (La VIEJA 1, entre chirridos y risitas bebe un largo trago y se oculta de nuevo entre los sacos, devolviendo la bota por el aire.) Bueno. Ahora, aquellos de allí. (Señala otros que hay dispersos por el salón. El Fusilado, con el Amolador, va a cumplir la orden, pero se apoya muy vencido contra la barricada.) No parece que andas con muchos ánimos, ¿eh? ¿Cómo te llamas?

FUSILADO: (encogiéndose de hombros). ¿Yo? ¡Pchssi A mí me fusilaron en la Moncloa. Con las manos atadas. Por lo del 2 de mayo en la Puerta del Sol. ¡Perros francesesi No sé cuál es mi nombre. Lo olvidé. Puedes llamarme el Fusilado.

MANCO: (cogiendo la bota del suelo y dándosela.) Toma. (Mientras bebe.) ¿Y qué eras tú?



- FUSILADO: Arriero. Entre Toledo y Madrid. Llegué la noche antes...  
(Después de una ligera pausa.) Bueno. Ya estoy mejor. (Al Amolador.) Vamos.
- AMOLADOR: (intenta andar, pero cae de rodillas.) Sacadme antes esta navaja de los huesos. No puedo casi respirar. (Rueda por el estarimado.)
- MANCO: (intentando sacarle la navaja que hasta la empuñadura lleva clavada en la mitad del pecho.) ¡A ver! (Al Fusilado.) ¡Tú! Está demasiado honda para una sola mano.
- FUSILADO: (logrando sacársela.) ¡Fuerte cosai ¿Y por qué?
- AMOLADOR: Por eso. Por una navaja. Yo era amolador. Afilaba cuchillos por las calles. Registraron la choza. Y me encontraron esa enterrada en un tiesto de geranios. Me dieron garrote... Después me la clavarón... Y se fueron.
- VOZ DE LA VIEJA 1: ¡Malditos franchutesi ¡Malditos franchutesi  
¡Ji, ji, ji, i
- AMOLADOR: (al Manco, levantándose.) ¿Y ese muñón? No habrás venido al mundo sin un brazo...
- MANCO: Un cántaro de barro y una jarra... Era mi oficio... Pregonaba en el Prado, en la Pradera, en San Antonio: (con una voz algo en sordina.) ¡Agua fresquita! ¡Agua! ¡De la fuente del Berro! Después, me hice artillero. Defendía el Parque de Monteleón... Me llevó el brazo un caso de metralla.
- AMOLADOR: Te llamaremos el Manco... Y nuestro Capitán. Aquí no hay generales... Vas a mandarnos bien. Me gustas.
- AMOLADOR Y FUSILADO: (saludándolo militarmente.) ¡A tus órdenes!
- VIEJA 1: (asomando la cabeza) ¡Bravo, bravo, capitán de la reina!  
¡A tu servicio!
- VOZ 1: (en la oscuridad.) ¡A tus órdenes! (Aparece el Estudiante.)
- VOZ 2: (en la oscuridad.) ¡A tus órdenes! (Aparece la Maja.)
- VOZ 3: (en la oscuridad.) ¡A tus órdenes! (Aparece el Torero, estoque en mano. Estas mismas palabras. ¡A tus órdenes! ¡A tus órdenes! como repetidas por un ejército invisible, siguen escuchándose en lo oscuro, hasta perderse. Se oye, cercana, una gran explosión)
- MAJA: ¡Jesúsi Tiran cerca.
- ESTUDIANTE: Parece que está ardiendo Madrid.
- MAJA: ¿Pero puede saberse qué sucede? Yo andaba en San Isidro con mi novio. Una tarde, de pronto, sonaron unas bombas y nos bajaron a los sótanos precipitadamente!
- ESTUDIANTE: A todos nos fueron metiendo ahí. Las salas de esta casa se quedaron vacías.
- TORERO: Nunca pude matar mi toro. Aquí triago el estoque.
- FUSILADO: Apriétalo muy bien en el puño. Va a servirte.
- VIEJA 1: (surgiendo nuevamente, con una escoba.) ¿Matar a estocadas al francés? ¡Pero si aquí en España son unos gallinasi ¡A escobazos a escobazos los destripo yo a todosi ¡Ji, ji, jii (Ríe, sordamente.)



- ESTUDIANTE: ¿Pero también andas aquí, bruja?
- VIEJA 1: Más respeto, señorito estudiante, que soy tan patriota como usía. Y dama de la reina, la verdadera reina de las Españas.
- ESTUDIANTE: ¡Buenas están las reinas de las Españas!
- VIEJAZ: La mía, no, descreído, que es toda una señora, una gran majestad soberanísima, capaz de helar de miedo la sangre a los demonios.
- MANCO: He dicho que no hay tiempo que perder. ¡Vamos!
- TORERO: (amenazando a la Vieja 1 con el estoque.) ¡A obedecer al jefe, lechuzai!
- VIEJA 1: ¡Al jefe, al jefe! Pero no a un torerito que tiene en cada pie una lagartija. ¡Hay que verte correr delante de los cuernos!
- TORERO: ¡Qué te estoqueo y te dejo tiesa entre los sacos! (Salta contra la Vieja 1, que se escconde riendo.)
- MANCO: ¡Basta! ¿Se me obedece o no? Hay que defender esta puerta. La que da a los Jerónimos. ¡De prisai! (Todos se aprestan a seguir construyendo la barricada. Suenan cercanas otras explosiones.)
- MAJA: (llevando un saco, ayudada por el Amolador.) Tiran de nuevo. Nunca escuché un estruendo como éste.
- AMOLADOR: ¿Te asustan los cañones, niña?
- MAJA: ¿A mí? Ni cañones, ni fusiles ni sables. Mira lo que aquí tengo. (Se detiene, arremangándose la chaquetilla y mostrando una gran cicatriz.)
- AMOLADOR: ¡Barbarosi! No se puede mirar.
- TORERO: ¡Vaya estocada, mozai! Ni que fueras un toro.
- FUSILADO: Las mujeres son fieras. Y dan valor. A mí me fusilaron con la mía. ¡Las cosas que gritabai! La tuvieron que amarrar a un árbol. Luego, la desnudaron. Le cortaron los brazos a machete y los clavaron en las ramas.
- ESTUDIANTE: (con ira triste) ¡Grande hazañai! Con muertos.
- MANCO: Aquí no hay hombres ni mujeres. Todos somos lo mismo. Gente honrada de las calles de España. (De la oscuridad, colgada a la cintura una bota de vino, surge el Fraile.)
- FRAILE: Yo también tengo faldas, aunque no tan vistosas como las de esa brava hembra. Y, como ella, me las remango.
- ESTUDIANTE: ¡Hola, Pateri! Buenas noches.
- FRAILE: Sí, buenas, buenas, hijos, porque aquí van a suceder cosas de las que se hablará per in secula seculorum.
- ESTUDIANTE Y OTROS: (con sorna.) ¡Améni!
- FRAILE: No se rían, que mis buenos franchutes me he cargado.
- MANCO: Nadie lo duda, padre. Usted es de los nuestros. Ayude a hacer la barricada.
- FRAILE: Brazos tengo, a Dios gracias.



- MANCO: ¡Pues a la obra! (Siguen acarreado en silencio.)
- AMOLADOR: (a la Maja, al ir a tapar con uno de los sacos un lugar del filo de la mesa en el que cuelga una tablilla con un rótulo.) ¿Qué dice ese letrero?
- MAJA: Yo no sé leer.
- AMOLADOR: Que lo lea el Fusilado. (Este, desde lejos, mira y se encoge de hombros.) Algo sabía yo. Pero ya no me acuerdo. ¡A ver, el Estudiante! Hay que saber qué pone ahí.
- ESTUDIANTE: (acercando la luz y leyendo.) "Regalo del Papa Pío V a Don Juan de Austria después de la batalla de Lepanto".
- AMOLADOR: ¿Quién era ese don Juan? Algo he oído...
- ESTUDIANTE: Un bastardo...
- FUSILADO: ¿Y qué es eso?
- ESTUDIANTE: Bueno... ¿Cómo diría? El que nace fuera de matrimonio...
- FUSILADO: Entonces, un soberano hijo de...
- FRAILE: (exaltado) ¡No! ¡No! ¡Un gran héroe! ¡El que venció a la media luna de Mahoma en la batalla más asombrosa de los siglos!
- MANCO: ¡Siempre los moros! Como ahora.
- FRAILE: Querrás decir los mamelucos, la guardia egipcia del Emperador.
- MAJA: Moros eran los que me rajaron el cuerpo con sus sables. ¡Moros de la Berbería! Yo les salté los ojos a más de tres de sus caballos.
- FRAILE: ¡Qué valor, guapa moza! Yo anduve varios días vestido de francés. ¡La guerra que les di! Hasta que me descubrieron la tonsura y por poco si me fusilan o me hincan en un palo.
- VIEJA 1: (asomándose, canta.)  
 ¡Fraile frailuco,  
 fraile, frailón,  
 van a empalarte  
 por motilón!
- FRAILE: ¡Vade retto, Satanás! ¡Negro espantajo del averno!
- VIEJA 1: (cantando.)  
 ¡Fraile frailuco,  
 fraile pollino,  
 más que la sopa  
 te gusta el vino!
- (Ríen todos.)
- FRAILE: Tienes más que razón, bruja piojosa, pero ahora vas a ver quién es este frailuco. (Va a abalanzarse contra ella, pero una explosión más fuerte que ninguna lo hace rodar al suelo. Todos los demás caen también derribados, apagándose la luz de los faroles. Las grandes explosiones continúan. Voces en la oscuridad.)



- MAJA: ¡Salvajes!
- FUSILADO: ¡Asesinos!
- TORERO: ¡Están temblando las paredes!
- FRAILE: ¡El fin del mundo! ¡El Apocalipsis de San Juan!
- AMOLADOR: ¿Pero qué armas serán éstas?
- FRAILE: ¡Ira de Dios! ¡Son los cañones del infierno!
- VIEJA 1: (con risa trágica). ¡Ji, ji, jii ¡Ji, ji, jii (Se oyen ruidos confusos entre cristales rotos que caen y aullidos lastimeros.)
- ESTUDIANTE: ¡Se están viniendo abajo los muros!
- MANCO: ¡Animo, animo! ¡Las luces! ¡Los faroles! ¡A encender los faroles! ¡Sólo tengo una mano! ¡Luz, luz! (En vez de la de los faroles, cae de lo alto, sobre el lateral izquierda del salón, un opaco rayo de luz que deja en una total penumbra a la barricada. El cañoneo se va alejando. Volcados en el suelo, medio desnudos, están Venus y Adonis.)
- VENUS: (como despertando, ausente de lo que la rodea.) ¡Loa dioses tienen miedo. ¡Adonis, mi Adonisi ¿Dónde estas?
- ADONIS: (inclinándose sobre ella.) Mi amor, más claro que las fuentes, más lozano y sabroso que la manzana recién cogida al alba, más delicado y fresco que la rosa...
- VENUS: ¡Adonis, mi Adonisi ¿En dónde nos hallamos? ¿Estás herido? Tengo miedo, mi amor.
- ADONIS: ¡Oh, Venus, niña blanca de la espuma! No tiembles. Levántate. Y huyamos a lo más hondo del bosque. Se me han ido los perros. Han roto las traíllas. He perdido las flechas. Estamos indefensos. La ira roja de Marte nos persigue. Oye el estruendo de sus armas. Va a matarnos.
- VENUS: Nada podrán contra nosotros sus rayos ni sus truenos, Adonis. Las armas del amor son más potentes que las suyas. Tú y yo somos la paz, el ramo del olivo, el arrullo de las palomas, el florecer de los jardines en cada primavera. Llévame pronto de este sitio...
- ADONIS: (la levanta y estrecha en un abrazo.) ¡Venusi ¡Venusi
- VENUS: ¡Adonisi ¡Mi Adonisi (Permanecen abrazados. El rayo opaco de luz se cambia por el de un sol radiante.) ¡Oh! ¡Mirai Ha vuelto el sol para nosotros... Para que yo te vea en toda tu hermosura, mi Adonis. (Se contemplan mutuamente.)
- ADONIS: PARA QUE YO DE NUEVO me recree en tu gracia, Venus. De mirtos verdes es tu cabellera....
- VENUS: De molidas espigas, ya secas por el sol, tus cabellos...
- ADONIS: Tu piel de rosas blancas cosidas a tu carne por el hilo de miel de las abejas...
- VENUS: De anémonas la tuya, sembradas a lo largo de tu cuerpo por las manos del aire...
- ADONIS: De olas de claveles levantados, tus pechos...



- VENUS: Fuerte tu brazo para la caza, pero más poderoso todavía para hacerme doblar sobre las mentas y los tréboles de los arroyos escondidos... Las hayas y los robles más hermosos pondrán cortina a nuestro amor... Vamos, mi Adonis.
- ADONIS: (cuniéndola por la cintura e iniciando la marcha.) ¡Oh, Venusi ¡Venusi (Se oyen unos gruñidos largos y estridentes. Atónitos, Venus y Adonis se detienen. Del fondo del salón, avanza, solapada, una figura de hombre cubierta por una piel y máscara de jabalí.) ¡Los perrosi ¡Los perrosi ¡Y mis flechasi ¿Adónde están mis flechas? ¡Oh fiera de los montes, vienes a mí cuando estoy desarmado!
- VENUS: (gritando, desgarrada.) ¡Adonisi ¡Adonisi (El jabalí se abalanza, rárido, contra Adonis, quien apenas tiene tiempo para estrujarlo entre sus brazos.) ¡Ira y celos de Martei ¡Despecho cruel de un triste dios enceguecido! ¡Miserable venganza que me hunde en la más negra de las noches! ¡Adonisi ¡Mi Adonisi (De una colmillada, ha caído Adonis herido mortalmente. Con el retumbo de un gran trueno, comienza a oscurecerse la luz).
- ADONIS: (expirando junto a Venus arrodillada.) ¡Venusi ¡Oh, Venusi (El dios Marte, despojado de la piel y máscara de jabalí, se yergue victorioso tras los dos amantes.)
- VENUS: (llorando, abrazada al cuerpo de Adonis). Ha muerto la juventud del mundo, el aroma de los jardines, la primavera de los campos. ¡La guerra! Ahora vendrá la guerra. ¡La sangre! ¡La muerte! Nada más. ¡Adonisi ¡Mi Adonisi (La luz ha disminuido totalmente, quedando la escena en una tiniebla profunda. Silencio.)
- VOZ: (en la oscuridad). Tengo hambre. ¡Cuántas noches que tengo hambre! Buenas gentes de Dios, ¡una coplilla por un pedazo de pan! (Se oye un rasgueo triste de guitarra. Cuando los faroles de la barricada se encienden solos, Venus y Adonis ya no están. Un Ciego, de capa y traje desgarrados, canta trágicamente.)
- CIEGO: (acompañándose de la guitarra).
- Con las bombas que tiran  
los fanfarrones,  
se hacen las madrileñas  
tirabuzones.
- (Silencio.) Dicen que el hambre es negra. Todo está negro para mí. Pero me río, me río. Como de las bombas.  
(Empieza a reír dramáticamente. La risa se va contagiando a todos los de la barricada hasta alcanzar un tono levantado y casi grotesco.)
- MANCO: (gritando). ¡Bastai (Todos callan, de golpe.)
- CIEGO: (después de una pausa). Tengo hambre.
- MANCO: (seco). Todos tenemos hambre.
- CIEGO: ¿Estáis ahí? ¿Quiénes sois?
- MANCO: El populacho. Eso dicen.
- CIEGO: Yo también soy el populacho... aunque ciego. Dadme algo.
- MANCO: Sólo un trago de vino. No hay otra cosa.
- CIEGO: Lo beberé. Pero un plato de sopa hubiera sido mejor. Estoy temblando. Mal asunto es pedir.



- FRAILE: (dándole la bota que lleva en la cintura). Resignación, hermano. Es noche de guerra.
- CIEGO: (mientras bebe unos sorbos). ¿Viene de Dios ese consejo?
- FRAILE: Sí. Por boca de un fraile de la Merced.
- CIEGO: ¡Bribón! Bien que te llenas la barriga y limpias el gajnate con el tinto. Estarás más cebado que un cerdo. ¡Como si lo vierai (Irónicamente.) ¡Resignación! (Bebe otro sorbo.)
- MANCO: (quitándole la bota). ¡Trae para acá esa botai Hay poco. También los otros tienen sed.
- CIEGO: ¿Los otros? ¿Sois muchos? ¿Qué estáis haciendo aquí?
- MANCO: (con un gesto, indicando a los demás que no hablen). Preguntas tu demasiado.
- CIEGO: No veo.
- MANCO: (rápido.) ¿De dónde diablos vienes? ¿Con qué gentes andabas? ¿Adónde ibas?
- CIEGO: (en tono creciento). ¡No veoi ¡No veoi ¡NO veoi
- MANCO: (palpándole la ropa). ¡Respondei (Gritándolo, mientras le quita la guitarra y la sacude.) ¿Qué traes ahí, dentro de la guitarra? ¿ué es lo que traes? Habla.
- CIEGO: (seguro pero con furia). ¡Nadai ¡Nadai ¡Rómpela, si te parecei ¡NO veoi Vengo de la Pradera. Soy de la comparsa del Tuerto, del Cojo, del Bozco, del Manco, de todos los lisiados y piojosos de Madrid. ¡Regístramei ¡Desnúdamei ¡Párteme los andrajos! ¡Haz trixas la guitarrai ¡NO veoi ¡NO veoi
- MANCO: (devolviéndole el instrumento). Creí... Hay quienes pasan noticias al francés...
- CIEGO: Odio al extranjero. Ya ni sé cómo es. Pero lo escucho, lo siento siempre aquí, agarrado en mi carne. Él me sacó la vista de los ojos.
- VIEJA 1: (apareciendo). ¡Ji, jii Yo conozco a ese hombre.
- ESTUDIANTE: ¿Y por qué te lo guardaste en el buche, murciélagos?
- VIEJA 1: Echaba un sueñecito entre los sacos. Antes era un buen mozo. ¡Las flores con pimienta que le habrá dicho a mi hermosurai ¡Y con las manos no se quedaba cortoi ¡Ji, ji, jii
- CIEGO: (riendo). ¿Estás aquí, lendrera de la reina, arruga del infierno, escobajo de todos los bacines, mojón con flecos del más sumido ojete de la Corte? (Buscándola con un brazo extendido.) Ven que te tiente esa pechuga seca de gallina... (Comienza de nuevo el cañoneo.) ¡Zambombai
- MAJA: Otra vez los cañones.
- CIEGO: ¿Te hacen cosquillas, niña? Mi capa es buen refugio. ¿Dónde estás?
- MAJA: Refúgiate los huesos en tus harapos, tiñoso, que yo me río de las bombas a cuerpo limpio.
- CIEGO: ¿Y el reverendo padre de la Merced también se ríe?
- FRAILE: ¡También!



MAJA: Y se ríe también el fusilado.

FUSILADO: ¡También!

MAJA: Y también el amolador  
acuchillado

AMOLADOR: ¡También!

MAJA: Y el estudiante y el torero.

ESTUDIANTE Y TORERO: ¡También!

MAJA: ¡Y el basurero  
y el barbero  
y la bruja espantajo de la escoba  
del barrendero  
¡Y la legaña  
y telaraña  
de toda la buena gente de España!

VIEJA 1: (prorrumpiendo en una risa estridente). ¡Ji, ji, Ji, ji, Ji, jii

MANCO: En esta barricada se ríe todo el mundo. Qué se vaya el que lllore. Aquí no estamos para eso, sino para pelear y morir, si es preciso, pero con la risa en la boca. (Arrecia el cañoneo. A una indicación del Manco, todos suben a la barricada, ayudando al Ciego a entrar en ella.) ¡Tirad, tirad, cobardes! ¡Somos los mismos del 2 de mayo! ¡Los acuchillados y pateados de la Puerta del Sol! ¡Los resucitados de la Casa de Campo y las orillas del Manzanares! ¡Más vais a llorar luego que nosotros reírnos ahora!

CIEGO: (en lo más alto de la barricada, rompiendo a cantar con la guitarra, coreado por todos.)

¡Madrid, qué bien resistes  
los bombardeos!  
¡De las bombas se ríen  
los madrileños!

(Ríen todos hasta alcanzar el agudo más alto. Después, silencio, quedando la barricada en penumbra. Del fondo del salón, avanzan dos Milicianos de la guerra civil española, tarateando en sordina, la canción anterior: "¡Madrid, qué bien resistes!..." Van vestidos como en los primeros meses de la contienda (año 1936). El Miliciano 1 lleva un brazo en cabestrillo; el 2, una linterna de luz potente, que va enfocando, mientras habla, por todos los rincones, paredes y techos del salón.)

MILICIANO 1: Andan desesperados esta noche!

MILICIANO 2: Están cayendo bombas cerca del Museo. Pensé que alguna había hecho blanco. Va a ser difícil que se escape! Pronto se evacuarán las obras más famosas. Se las llevarán lejos, a sitios más seguros. Aquí son un peligro. Los técnicos trabajan sin descanso. Hay cuadros tan enormes - ya los viste en los sótanos - que no sé cómo van a poder salir por las puertas. Ahí estaban colgados, los de Goya: "La carga de los mamelucos en la Puerta del Sol" y "Los fusilamientos de la Moncloa". Y, adentro, los Ticiano. los Velázquez...

MILICIANO 1: ¡Vaya días de noviembre, camarada! Arde Madrid.  
No olvidaremos este 1936.



MILICIANO 2: Se combata en Useras, en la Casa de Campo, en el Manzanares, en el Puente de los Franceses, en la Moncloa, en la Ciudad Universitaria... ¡Y con qué furia, compañero!

MILICIANO 1: ¡Lástima estar aquí! A mí me hirieron en la sierra...

MILICIANO 2: Creyeron que entraban. Se han visto moros perdidos hasta por la Gran Vía.

MILICIANO 1: En el Puente de Toledo, las muchachas del barrio sur se han portado como leonas.

MILICIANO 2: Combate todo el mundo. Chicos y grandes. Con piedras, con botellas de líquido inflamable, con armas viejas sacadas de no se sabe dónde. (Se encaminan hacia el lateral izquierdo del primer término.)

MILICIANO 1: Madrid está casi cercado. Pero no pasarán.

2:

MILICIANO 2: (iniciando el mutis). ¡No pasarán! Ni con ayuda de alemanes, de moros, de italianos, de portugueses... (Ya desaparecidos los dos). ¡No pasarán! (De las sombras del fondo, ha surgido un Enano, barbudo y mal encarado de Velázquez: D. Sebastián de Morra.)

ENANO:

La verdad es que no sé dónde esto-. He perdido a mi rey. (Como buscando con la mirada.) ¡Eh, tú, narizotasi! ¿Estás ahí? Buenos cuescos andas tirándote esta noche. Atruenas el palacio. ¡Pobre de mi señora la reina! (Gritando.) ¡Felipe! ¡Felipe! ¿Dónde diablos te has metido? ¡Guarda esa caja de los truenos, que voy a desmayarme, Felipe! (Llorando, con cierto fingimiento.) Ponte un tapón en semejante parte. Ya sabes bien dónde te digo. ¡Vamos, no te hagas el imbécil! Poco decente es que todo un gran monarca como tú busque meterle miedo con tanto aroma ruidoso a su mejor amigo. (Suenan, cercana, una ráfaga de ametralladora. Después de un silencio, lleno de terror.) ¡Eh? ¿Qué novedad es esta, señor mío? ¡Antes, de golpe, y ahora, así cuescuecitos entrecortados como matraca de cigüeña! (Simulando el tableteo de la ametralladora.) ¡Pa-pa-pa-pa-pa-pa-pa-pa-pa-pa! ¡Lo que pueden los reyes! ¡Lo que no guardarán en su cabeza, digo, en esa soberana olla trasera donde se cuecen y revientan sus reales mandatos! (Se oye un fuerte y aterrador portazo.) Tengo miedo. Estoy temblando de verdad, Felipe. No seas malo con tu enanito, con tu fiel servidor Sebastianillo de Morra. (Llora. Se abre un escotillón por el que asoma, primero, una ancha manga como de sudario, levantando una débil luz de candil. El Enano se santigua, cayendo de rodillas.) ¡Regina angelorum! ¡Refugium peccatorum! ¡Auxilium christianorum! ¡Consolatrix afflictorum! (Ha terminado, mientras, de salir por el escotillón una alta figura de espantajo, cubierta totalmente por un flácido sudario negro. Se yergue un instante, para dejar caer el brazo con la luz, desmoronándose toda, silenciosamente, en el suelo. El Enano da un grito. Luego, se acerca temeroso, dando una vuelta alrededor del fantasma caído. Por fin, se decide a quitarle el candilillo de la mano, bajándole la capucha y enfocándole el rostro. Con viva sorpresa.) ¡Coño! ¡Pero si es el rey! (Se arrodilla, tomando la real cabeza entre sus manos.) ¡El susto que me has dado! ¡Buen papanatas estás hecho, Felipe! No te lo perdonaré nunca. Debía arrancarte ahora los bigotes para que nadie volviera a reconocerte. ¡Habrás visto un mamarracho más horrible! (El Rey intenta incorporarse, pero el Enano, asustado, da tal brinco que hace que el Rey, asustado a su vez, se desplome de nuevo.)



- EL REY: ¡Ay! ¡Quién diría que soy el Rey Felipe IV!
- ENANO: (quedamente). Nadie.
- REY: ¿Estás ahí, D. Sebastianillo de Morra?
- ENANO: (decidido, valiente). Aquí estoy. ¿Qué pasa?
- REY: (alzando el busto lentamente). ¡Cuánto miedo he padecido buscándote!
- ENANO: (jactancioso). ¡Miedo. Su Majestad! Perdona que no te crea, Felipe.
- REY: (jadeante). ¡Atrozi! ¿Y tú, mi hijo?
- ENANO: (pavoneándose). ¿Yo? La artillería me enardece. Me creo un Conde Duque de Olivares con caballo y todo.
- REY: Pues yo, mi Sebastianillo, ahora que sólo me oyes tú, he de confesarte que hasta un disparo de arcabuz me descompone.
- ENANO: ¡Vamosi, queréis decir, señor, que os sentís obligado a hacer del cuerpo...
- REY: Casi, casi.
- ENANO: ¿Es un secreto militar que no es prudente divulgar por la Corte?
- REY: Te lo agradeceré, Sebastianillo.
- ENANO: Pues a mí, ni bombardas ni espadas ni arcabuc es me arredran. Me debiste nombrar tu valido. Nómbrame en este instante. Te lo ordeno. Hazme caso, Felipe. (Nuevamente y cercano, el tableteo de la ametralladora.)
- REY: (desmayándose) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
- ENANO: (simultáneamente saltando, aterrado). ¡Hi de putas! (Vuelve a arrodillarse ante el Rey, tomándole el cadavérico rostro.) ¿Vas a morirte ahora? ¿Vais a dejarme solo, señor? ¿Qué otro que no seais vos, dueño mío, va a dar de puntapiés a mis ya rotas posaderas? ¿Qué otro que no seais vos, majestad mía, va a hacerme confidente de sus a pres? ¡Qué desgracia tan grande, D. Sebastianillo de Morra! (Cambiando el tono quejumbroso.) Pero... ¡vamos, narizotas, despiertai! No te hagas ilusiones. Todavía no estás muerto. ¡Verási! (Se echa un salivazo en las manos y se lo frota al Rey por el rostro.)
- REY: (recobrando el sentido). No puedo comprender qué significa esta batalla. ¿Estábamos en guerra, hijo?
- ENANO: ¿Dejó de estarlo alguna vez toda nuestra real parentela?
- REY: Sí, pero ahora...
- ENANO: ¡Vamosi! Levántese Su Majestad y corramos a lugar más seguro.
- REY: (mientras el Enano lo ayuda a ponerse de pie). ¿No será un castigo de Dios por todos mis pecados?
- ENANO: Debe ser más bien que el demonio se regocija por ellos.
- REY: ¿Lo crees así, Sebastianillo?



- ENANO: Esos adúlteros amores con la cómica... Ese tirar las rentas en vanos lujos y sandeces... Ese siempre creer que las gentes honradas pueden vivir sólo del viento...
- REY: ¡Calla, callai
- ENANO: (recitando con voz lúgubre y cavernosa).
- El honrado, pobre y buen caballero,  
si enferma no alcanza a pan y a carnero-  
Perdieron su esfuerzo pechos españoles,  
porque se sustentan de tronchos de coles.
- (El Rey se tapa los oídos. Sigue el sonsonete del Enano.)  
Familias sin pan y viudedad sin tocas  
esperan hambrientas y mudas las bocas.
- REY: ¡Te ordeno que te calles!
- ENANO: Ved que los pobretes, solo y escondidos,  
callando os invocan con mil alaridos,
- REY: ¡Sebastianillo, te lo mando, y lo firmo: Yo, el rey!
- ENANO: Los ricos repiten por mayores modos:  
¡Ya todo se acaba, pues hurtemos todos!
- REY: Os mandaré a la horca, D. Sebastián. Yo mismo os mataré.  
¡Silencio! (Va a caer, iracundo, sobre el Enano, quien ya, antes, ha desaparecido, veloz, tras la barricada. El Rey, inmóvil, sorprendido, quedamente.) ¡Sebastián! (Pausa. Gritando, con terror.) ¡Sebastianillo! ¿Dónde estás? Te perdono. No dejes sólo a tu rey. (Después de otra pausa, casi llorando.) No me atormentes, hijo. Ven a mí. Puedes seguir diciéndome esas cosas, si así lo deseas... (Después de otra pausa.) ¿No me habré muerto ya y estaré en la antesala del infierno?
- ENANO: (reapareciendo, burlón y tranquilo). Tal vez lo esté Su Majestad si se piensa en la amarillez de la cara y en el estrafalario indumento que esta noche lleva...
- REY: (abrazándolo, emocionado). No te burles de tu buen padre. Me disfracé por tí. Era triste que me reconocieran.
- ENANO: Tenéis por qué tener miedo, mi amo. Un soberano miedo, como tiene que ser el del monarca. Yo, no. Míreadme tan tranquilo.
- REY: Siempre fuiste un valiente. (Vuelve el cañoneo.)
- ENANO: (balbuciente de miedo), ¡Pu...pu...ñe...ta...tái
- REY: ¡Estoy condenado, Señor! ¡Y ya es tarde para salvarme! (Agarrando al Enano por los pelos al ver que quiere huir.) ¡No me dejes, Sebastianillo! ¡no abandones al rey, a tu pobre rey D. Felipe!
- ENANO: ¡Qué rey ni qué ocho cuartos! Si Su Majestad ha muerto, como dice, yo corro de aquí para que no me maten.
- REY: (tirando de él hacia la boca del escotillón). ¡Vendrás conmigo! ¡Te llevaré, quieras o no! ¡Yo sé de un agujero inexpugnable! ¡El retrete privado de la reina! ¡Vamos! (Lo sumerge en el escotillón, desapareciendo él tras el Enano. Vuelto el silencio, la barricada sale de la penumbra.)



- ESTUDIANTE: Bien está reír, Manco. Pero, ¿qué armas son las nuestras? Dos viejos fusiles, un sable mellado, un estoque de matar toros, una navaj, una guitarra y... el frío de la noche.
- MAJA: ¿Una navaja? ¡Dosi Que aquí llevo yo otra escondida en la liga. (Se alza la falda, sacándola.)
- FRAILE: Y un cuchillo de monte, que guardo entre los hábitos. (Lo muestra.)
- CIEGO: Yo nada llevo... Pero un buen guitarrazo en la cabeza hace lo suyo.
- MANCO: ¿Qué otras armas teníamos el 2 de mayo? ¡A ver, Amoladori Tú tienes un fusil, Da tu navaja al señor estudiante.
- ESTUDIANTE: (tomando la navaja). Pero ahora es distinto. Esos cañones que disparan deben ser cosa nueva.
- MANCO: Así sucede. Nosotros somos gente de la calle, de lucha a cuerpo limpio. Armas no faltarán. Las hay ocultas en todas partes. Y si no sirven éstas, ¡las uñas y los dientes! ¡Cuánto cuello invasor no lo ignorai
- FUSILADO: Eso es muy cierto, mi capitán. Y si nos matan, resucitaremos.
- ESTUDIANTE: Se dice, y es verdad: el pueblo nunca muere. Pero sueño con un cañon tan grande que fuera él solo capaz de terminar con esos que esta noche quieren hacerlo con Madrid.
- AMOLADOR: Falta no nos va a hacer, porque no han de pasar. Estoy seguro. Otros, en todas partes, disparan por nosotros.
- FRAILE: ¡Noche de héroes, hijosi Hasta las piedras cantan. Veo la sombra de un malvado tapándose los oídos, arrebujaada entre el humo y el fuego. Quiere entrar y no puede. Intenta abrirse paso entre las llamas, pero una barricada de pechos invencibles no lo deja mover de su escondrijo.
- VIEJA 1: (como iluminada). ¡Síii ¡Síi Allí lo veo. ¡Miradloi Un sapo gordo y fofo, cayéndole la baba en la panza. ¡Eh, tú, criminali ¿Cuánta sangre has bebido esta noche? Te estás hinchando, ¿eh? Ya te agarraré pronto con mi escoba. ¡Jí, jii
- CIEGO: ¡Lo veoi ¡Lo veoi ¡Tú mismo me sacaste los ojos, hijo de perrai ¡Túi
- FUSILADO: Tú trajiste a la gente que me fusiló. ¡Túi
- AMOLADOR: Tú me clavaste la navaja en el pecho. ¡Túi
- MAJA: ¡Túi Tú me rajaste con tu sable el costado. ¡Túi
- MANCO: ¿Ves este brazo? Míralo. Ya no está. Tú me lo arrancaste de cuajo con tu ciega metralla. ¡Túi
- TORERO: ¡Traidori ¡Asesinoi ¡Ladrón de nuestro sueloi ¡Túi
- TODOS: (acusando a la sombra don los brazos tendidos). ¡Túi ¡Túi ¡Túi (Llega del fondo un largo grito. Se va acercando a la barricada un hombre que trae su propia cabeza ensangrentada en la mano.)
- DESCABEZADO: ¡Justicia, justicia para míi ¡Me han arrancado la cabeza con un hachai ¡Todavía sigue hablando y seguirá hasta el fin del mundoi
- MANCO: Amarga presencia.



- DESCABEZADO: Así nos trataron. Somos de otro linaje, decían. Pero yo no estoy muerto. Yo nunca he de morir. Pido castigo, pido venganza contra los que esto hacen. ¡Justicia! ¡Justicia!
- MANCO: Llegas a bien jugar. Aquí estamos nosotros, gritando lo que tú. ¡Fusilados, heridos, lisiados, asesinados, ciegos, vendidos miserablemente, pero con un volcán de fuego en las entrañas para achicharrarlos!
- FRAILE: ¡Guerrai! ¡Guerrai!
- VIEJA 1: No hay que darles cuartel.
- ESTUDIANTE: Tierra nos va a faltar para cubrirlos. (Se oye muy cercana la fusilería, como si casi sonara dentro del museo.)
- TORERO: ¡Guerrai!
- MANCO: ¡Cada uno a su puesto! ¡A defender la barricada! ¡Fuego los fusiles! (El Fusilado y el Amolador dan al gatillo varias veces.)
- FUSILADO: (con ira). Están muy viejos y mohosos. No disparan.
- AMOLADOR: Pero pueden servir. Las culatas son duras todavía.
- DESCABEZADO: (subido en lo más alto, mostrando, asida de los pelos, su cabeza). Esta sí es buena bala. ¡La mejor! Cien mil rayos de odio lleva dentro. No vais a resistirla. (La lanza fuertemente hacia donde se supone la puerta alta del museo, cayendo exánime su cuerpo desde la cima de la barricada.)
- MANCO: (en lo alto). No está muerto. Él no puede morir. Como ninguno de nosotros. (Ha cesado la fusilería. Hay un breve silencio. Desde su puesto de combate, contemplan al Descabezado, volcado en tierra.)
- FUSILADO: Ahí estás, caído, siquiera con tu traje. No te lo quitarán, dejándote desnudo como han hecho con tantos.
- AMOLADOR: ¡Desnudo, desnudo! Hasta de los muertos se aprovechan.
- MAJA: Ya vi a soldados, en mitad de la noche, arrastrar de las ropas a los heridos para robárselas.
- TORERO: Y esto es peor. Lo que yo vi: enterrarlos con vida!
- FRAILE: ¡Santa pasión de nuestro pueblo! ¡Más desnudo, más sediento y sangrante que Jesús en el Gólgota!
- ESTUDIANTE: Más humillado y lleno de cadenas que el último de los esclavos.
- MANCO: Saqueado y hambriento...
- ESTUDIANTE: Vendido al extranjero por quienes dijeron ser nuestros veladores, los escudos robustos de la patria.
- FRAILE: Monstruos de cobardía.
- VIEJA 1: (fuerte y cómicamente). ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
- FUSILADO: ¿Qué te sucede, vieja bruja?
- VIEJA 1: Que estoy de parto... Pero por otra parte. No por la delantera. ¡Ay!
- MANCO: ¡Habrás visto puerca! ¡Largo de aquí, asquerosa! ¡Y lejos!



- VIEJA 1: ¡No, noi Siempre que veo las cosas que nos trae ese maldito -ay-, se me revuelcan las tripas y izasi Tengo que levantarme l las enaguas. ¡Ji, jii
- MANCO: Pues te las alzas donde quieras, menos en este sitio.
- VIEJA 1: (bajando) Claro, claro. Yo tengo su retrato. Para eso me sirve, tontos, más que retontos. ¡No faltaría otra cosai Nunca le delo perder una ocasión. (De las sombras del fondo, avanza la Vieja 2: otra bruja de escoba, pero muy rengueante.)
- VIEJA 2: (gritando) ¡Ehi ¡Ehi ¡Hubilibrordai Te buscaba.
- VIEJA 1: Pues yo me retiraba un momentito, Genuflexa.
- VIEJA 2: Me han dicho que el francés no puede entrar. Lo habrás oído cómo zumba de rabia.
- VIEJA 1: (agarrándose la barriga) ¡Ayí ¡Ayí ¡Como para vaciarse de a alegríai
- VIEJA 2: ¡Qué graciai ¡Aguántate esas ganas un poquito, Hubilibrordai ¡Esto merece un bailei
- VIEJA 1: ¡Pues venga ya de ahíí ¡Vamosi (Bailan y cantan estas seguidillas manchegas, accionando con las escobas. El Eiego las acompaña con la guitarra.)
- S\$ el sapo no revienta  
por la mañana,  
es porque el pobrecito  
se ha vuelto rana.  
¡Anda jaleoi  
Si me cago en el sapo,  
también me meo.
- VIEJA 2: (quebrada y cojeando).
- Dicen que al sapo caben,  
en la trasera,  
mosquetón y cartucho  
con cartuchera.  
¡Anda la bromai  
Ya nadie toma al sapo  
por donde toma.
- TORERO: (entrando al baile con el estoque).
- Para matar al sapo  
muestro tal arte,  
que no hay parte que sea  
más bona-parte.  
¡Anda saleroi  
He de matar al sapo  
por el trasero.
- MAJA: (entrando al baile con su navaja).
- Si alguna vez me escupe  
la chaquetilla,  
he de rajar al sapo  
con mi cuchilla.  
¡Anda la rondai  
A una maja no hay sapo  
que se le esconda.







- VIEJA 1: No mientas, Genuflexa. ¿Piensas acaso que no he visto los tuyos? ¿Olvidas que las uñas te dan vuelta y se te hincan en las plantas? Tú siempre has rengueado...
- VIEJA 2: ¡Lo que tengo que oír! ¡Habrás visto!
- VIEJA 1: La verdad. Y en estos tiempos de espantos y ruidos, garfios tan largos no son buenos. Siéntate aquí conmigo. Tú llevas siempre unas tijeras...
- VIEJA 2: Sí... Pero son para otras cosas...
- VIEJA 1: ¿Otras cosas?
- VIEJA 2: ¡Quién sabe?
- VIEJA 1: Dámelas.
- VIEJA 2: No
- VIEJA 1: ¡Dámelas! (La Vieja 2 saca unas grandes tijeras como de esquilar). ¿Para qué diantre pueden servirte ahora? Suponte tú que el sapo gordo apareciera...
- VIEJA 2: Lo mataría a escobazos... O se las clavaría en los ojos...
- VIEJA 1: Ya sé, ya sé... Pero suponte tú que apareciera, así, de pronto, con todo un regimiento...
- VIEJA 2: Volaría. Para eso tengo también mi escoba.
- VIEJA 1: Sí, sí... Pero a veces hay que correr antes de echar el vuelo... y no podrías. No es lo mismo bailar que darse una carrera... Dámelas.
- VIEJA 2: ¡No, no! ¡Cualquier cosa, menos perder mis uñas! ¿Has empuinado el codo. Hubilibrorda? ¿Verías tú con agrado que yo te cortara los bigotes o los pelos de esa verruga?
- VIEJA V. Duro sería el paso. Pero no es lo mismo, Genuflexa. Este lunar con rizos me hermosea la cara. Soy también, como tú, dama de la reina.
- VIEJA 2: ¡La reina, la reina! ¿Y cuándo va a dejarse ver ese soberano estafermo? ¿Por dónde brujuleará esta noche?
- VIEJA 1: (agitando las manos, como alas). De viaje. Algo bueno prepara. (Con endado.) Pero no te me vayas por otro lado, taimada, y dame pronto esas tijeras. (Se tira sobre ella para quitárselas.)
- VIEJA 2: (forcejeando). ¡No! ¡No!
- VIEJA 1: Te cortaré las uñas, o te las arrancaré de cuajo, como lo hace el Santo Oficio... (Del fondo del salón vienen unos largos rebuznos.)
- VIEJA 2: (gritando). ¡Pericoi! ¡Pericoi! ¡Llegas a tiempo! ¡Sálvame!
- VIEJA 1: (derribándola y golpeándola en el suelo). ¡Las tijeras! ¡Las tijeras! ¡Te mato! ¡Te destripo! ¡Te arranco los ojos!
- VIEJA 2: ¡Locai! ¡Locai! ¡Borrachai! ¡Preñada de cabróni! (A dos patas, ha llegado una figura vestida de burro.)
- BURRO: (con voz de rebuzno, lenta y cavernosa). ¿Qué pasa aquí? ¿Qué pasa? ¿Puede saberse por qué gritan y se arañan las jetas? Hay no es noche de pelea, aunque, en efecto, lo sea.

(Las Viejas se separan).



- VIEJA 2: (llorosa). ¡Pericoi ¡Ay, Pericoi ¡Esta beoda, que me quiere cortar las uñas! ¡Y yo no puedo consentir! ¡Nunca nadie me las tocó! Ni yo misma siquiera.
- BURRO: Hay que matar al francés con las uñas de los pies. Y los que no tengan uñas, lo han de hacer con las pezuñas. Dé ejemplo la zoología luchando con valentía. Luche el burro, luche el gallo, la gallina y el caballo.
- VIEJA 1: ¡Pero si ésta no puede! ¡Se le han clavado las uñas en mitad de las plantas!
- BURRO: Cállate ya, vieja oruga, que te arranco la verruga. Si ella no puede volar, a lomos la he de llevar.
- (La Vieja 2 salta, con su escoba, sobre las ancas del Burro, desapareciendo ambos por el fondo del salón, entre rebuznos y carcajeos. La Vieja 1, riendo quedamente, se hunde en la penumbra de la barricada. Un rayo de clara luz ilumina el primer término de la escena. Por el lateral derecho entra, llorando, túnica rosa pálido, el Arcángel San Gabriel. Trae un ala quebrada.)
- GABRIEL: La perdí, la perdí... Desapareció de mis ojos cuando iba a decirle mi mensaje. ¡Dios te salve, María! comenzaba. Pero una gran tormenta y una espesa tiniebla que lo oscureció todo, me dejaron cortadas las palabras... ¡Dios te salve, María! ¿En dónde estás, señora? ¿Adónde ir a buscarte, yo, pobre paloma extraviada, con un ala partida y sin arrullo, quebrado el hilo de la memoria? ¿Cómo seguía el divino mensaje? (Deletrea, esforzándose por recordar.) Dios te salve, María... ¡Oh! ¡Qué triste enviado al que la luz se le vuelve tiniebla, al que anunciando el sol, no queda entre sus manos sino un cristal sin brillo de la noche! ¡Dios te salve, María!... (Llora, cubierto el rostro por las manos. Aparece, por el lateral izquierdo, el Arcángel San Miguel. Lleva túnica color rojo violento y en la mano una espada.)
- MIGUEL: (deteniéndose). Gabriel. (Avanza hasta posarle su mano en la cabeza.) Alza la frente, amigo. ¿Por qué esas lágrimas? Respóndeme.
- GABRIEL: Por que no tengo ahora en quien depositar mi mensaje.
- MIGUEL: Un arcángel no llora. ¿Quién puede soportar al más hermoso, al más resplandeciente de todos, velado el rostro por el llanto?
- GABRIEL: El más hermoso era Luzbel...
- MIGUEL: Era... Es verdad. Pero al frente de mis legiones, yo lo hundi en el infierno con esta misma espada. Ahora es el ángel más horrible.
- GABRIEL: Pero no tan desventurado como yo en este instante, Miguel.
- MIGUEL: Deliras. ¡Pobre amigo mío!
- GABRIEL: El arde ya cumpliendo su condena. Yo, en cambio, voy a empezar la mía. Y tengo miedo.
- MIGUEL: ¿Tu condena? ¿Qué dices? Háblame. Soy tu hermano.



- GABRIEL: ¡Dios te salve, María! ¿Qué más duro castigo que perder a la niña a quien iba a anunciarle ser la madre de Dios, la más bendita de todas las mujeres? (Dolorido, llevándose la mano a la rota.) ¡Ay!
- MIGUEL: ¿Qué te duele, Gabriel?
- GABRIEL: El no poder volar quizás ya nunca y tener que quedarme prisionero en esta tierra de demonios. (Le muestra la mano ensangrentada.) Mira.
- MIGUEL: ¡Sangre!
- GABRIEL: Estoy dañado para siempre. Tengo un ala quebrada en su raíz. En mi vuelo bajaba la alegría y se me cruzó el odio. No se qué ha sucedido esta noche.
- MIGUEL: Las legiones del mal andan de nuevo sueltas por el mundo. Hasta esta tierra en paz han traído el estrago. Pero no temas. Mi espada te defiende. Vamos.
- GABRIEL: ¡Dios te salve, María!... Me ayudarás primero a buscarla. (Apoyado en el hombro de Miguel, y tomado por éste de la cintura, los dos arcángeles inician la salida.)
- MIGUEL: Yo sé que la hallaremos. Camina.
- GABRIEL: ¿No estará mal herida como yo? ¿O quizás muerta? ¡Oh negra noche de asesinatos! ¿En dónde estoy, Miguel?
- MIGUEL: Anda. Reclina bien la cabeza en mi hombro. Déjate conducir por mí.
- GABRIEL: ¡Dios te salve, María!... (Desaparecen. La escena queda a oscuras. Se oye larga, en aumento, la sirena de alarma, registrando la presencia de aviones de bombardeo. Pasan los Milicianos 1 y 2, iluminadas las sombras por la linterna.)
- MILICIANO 1: Aviación, camarada. Esta noche hay de todo.
- MILICIANO 2: ¿A qué barrio le tocarán las bombas?
- MILICIANO 1: A ellos les da lo mismo.
- MILICIANO 2: Todavía están los sótanos abarrotados de cuadros, listos para emprender viaje.
- MILICIANO 1: Sería un crimen que... (Desaparecen. Al hacerse la luz, en la barricada aumenta de nuevo la señal de alarma, oyéndose, coincidiendo con ella, un ruido infernal producido por la atroz estridencia de trompetillas, matracas, ralladores, cacerolas, guitarras, tambores y pitos, correspondientes a una gran comparsa -muy semejante a la titulada por Goya "El entierro de la sardina"- que avanza del fondo de la escena. Abriendo la marcha se tambalea un mascarón, portador de un estandarte en el que abre sus alas un grotesco avechicho -entre águila y buitro- bajo las letras de este rótulo: "¡Muera el buitro carnívoro!"- Tras él, dos destrozadas, también enmascaradas, van bailando al son de los des- acordados instrumentos y estas coplas:

¡Dale que dale,  
dale que dale  
¡Zúmbale, zúmbale,  
zúmbale ya!

¡Dale ya, zúmbale,  
dale al tambor  
¡Viva la ronda  
¡Muera el traidor!



Es la comparsa de los lisiados, de la miseria, del hambre negra española. Algunos, además de sus musicales cacharros, enarbolan estacas, coronándose otros la cabeza con sillas rotas y orinales. Cerrando la comitiva, a lomos de una figura toda negra que representa un Buco de grandes y retorcidos cuernos, va algo o alguien, tapado totalmente por un trapajo. A su lado, sobre un viejo sillón, sostenido por las Viejas 2 y 3, marcha otro alguien, también todo cubierto. Atadas a la espalda, llevan las viejas sus escobas. LA Vieja 3, oculto el rostro por media máscara. La sirena de alarma se ha extinguido.)

- MANCO: ¡Rayos y truenos! ¿Qué alboroto es éste?
- VIEJA 3: No te aflijas, manquillo. Poca es la bulla para la que se va a armar cuando sepas quién soy y a quiénes traemos.
- MANCO: ¿Puede saberse a qué venís con tantos pitos y matracas en una noche como ésta?
- VIEJA 3: Te vas a mear si te lo digo.
- FRAILE: Vienes de las cloacas del infierno, de los sumideros del diablo. ¡Mascarón indecente!
- VIEJA 3: ¡Chitón el reverendo, pues va a bailar de coronilla, con las sayas abajo, mostrando sus vergüenzas, cuando averigue con quién habla!
- VIEJA 1: ¡Hubilibrorda, Hubilibrorda, que reviento, que se me estalla la verruga por saber quién es ésa!
- VIEJA 2: Aguanta un segundito, Genuflexa. Sería un crimen perder tan peludo garbanzo.
- ANOLADOR: ¡Venga ya! ¡Sople ese escuerzo por los morros!
- CIEGO: ¡Qué habla!
- RAJA: ¡Qué se quite la máscara!
- TODOS: ¡Qué se vea! ¡Qué se vea!
- ESTUDIANTE: ¡Basta! ¡Que no hable más que el Manco!
- TORERO: Antes yo quiero decir algo...
- FUSILADO: Tú pégate una estocada en la lengua...
- VIEJA 1: ¡Ji, jii! ¡Sería la única buena de tu vida! (Ríen todos, entre agudos de pitos y trompetillas.)
- MANCO: ¡Dejadme hablar! ¡Silencio! No es noche de jolgorio.
- VIEJA 3: Me entiendo contigo. ¡A tus órdenes!
- MANCO: (enérgico.) ¡Quítate esa careta!
- VIEJA 3: Obedezco, señor capitanejo. (Se quita la media máscara, dejando al descubierto su espantosa cara de bruja. Pausa.) ¿No me conoces? Soy la reina.
- VIEJA 1: ¡Engurdegundai! ¡Engurdegundai! ¡Ya lo pensaba Yo! ¡Pero qué hermosa te has venido! ¡Cuádrese el señor capitán ante su verdadera soberana!
- MANCO: ¡Déjense de joder! ¡Pronto! Engurdegarda o como demonio te llames, y tú, Hubilibrorda: ¿qué tapáis en ese sillón desvencijado?



- VIEJA 3: Tiene permiso el capitán para tirar del velo. ¡Animo! (Silencio. El Manco, bajando de un salto de la barricada, arranca el trapo que cubre a la figura, dejando al descubierto un viejo pelele de cara amarillenta, desgredados cabellos y largo traje negro de encajería.)
- MANCO: (con estupor). La señora de D. Carlos IV. ¡La Reina María Luisai
- TODOS: (como un susurro). ¡La gran puta! (En medio de otro gran silencio, el Manco se dirige al Buco, que retrocede un paso, lanzando un berrido.)
- MANCO: ¿Qué te sucede a ti, cabrío? ¿Te pones bravo, eh? ¡Quieto! (Lo agarra de los retorcidos cuernos hasta hacerle bincar de rodillas. Destapa luego la figura que lo monta, apareciendo mi enorme Sapo de ojos saltones y rasgos humanos, en traje militar: espada al cinto, gran banda al pecho y condecoraciones.) ¡Anda! ¡Pero si no es Napoleón Bonaparte! (Después de una ligerísima pausa.) ¡Si es don Manuel Godoy! (Con ironía.) ¡El Generalísimo! ¡El Príncipe de la Pazi! ¡El Choricero!
- TODOS: (en sordana). ¡La gran bragueta de la Reina!
- UNA VOZ: ¡Mueran los traidores!
- OTRA: ¡A la horca con ellos!
- TODOS: ¡Muerani! ¡Muerani!
- MANCO: ¡Pueblo de Madrid! ¡Voluntarios de esta barricada! Va a aclarar dentro de poco. No hay tiempo que perder. Sean juzgados los dos y sentenciados en juicio sumarísimo. Pero antes, confirme cada uno la sentencia, dígame antes cada uno lo que le tanga que decir a esta pareja de pillastres, hasta hace poco coronados con la sangre y el hambre de España.
- ESTUDIANTE: (desde lo alto de los sacos. Algo pedantón y grandilocuente). ¡Señora del más astado rey de toda nuestra historia! ¡Príncipe de la Pazi! ¡Generalísimo del reino, tan merecidamente reencarnado en esa triste panza de sapo: poco será la horca para los que sembrásteis el descrédito de nuestro país en todas las naciones de la tierra! Tú, execrable e hipócrita señor, eres a un mismo tiempo el invasor y el invadido, el conquistador y el conquistado, el mal francés y el pésimo español, ambos puestos de acuerdo para lanzar a la más infame de las esclavitudes a uno de los pueblos más viriles y fuertes, más encendidos en el amor por su libertad e independencia... Acordáos de Numancia, del pérfido romano, del traidor Nitiza y del gran D. Pelayo, gloria de Covadonga...
- UNA VOZ: ¡Ya está bien! ¡Bravo! ¡Qué siga otro! ¡No es hora de discursos!
- ESTUDIANTE: (abogado por el griterío). ¡Pido la horca, sí, aunque también os pediría que fuesen antes arrastrados!
- VOCES: ¡Otro! ¡Otro!
- AMOLADOR: ¡Ciudadanos! Es un asesinado quien os habla. Y dice. El pueblo tiene buen ofato. Tiene hocico de perro. Sabe bien que lo engañan y nada más. Entiende poco de discursos. Pero no se equivoca ahora en pedir una cuerda para el cuello de esos dos traigores...
- VOCES: ¡A la horca! ¡A la horca!



- FUSILADO: El pueblo, una mañana, se levantó sin rey, vendido, rodeado de extranjeros invasores, abandonado a sus propias fuerzas. Esos, y otros como éstos, los que desde un palacio se comían nuestra sangre y nos juraban ser nuestros leales protectores, corrieron pa ponerse de rodillas a los pies de nuestro verdugo. Pido también la horca como castigo. Os habló un fusilado del mariscal Murat.
- VOCES: ¡Muerani ¡Muerani
- MAJA: (con dignidad y burla, haciendo una reverencia ante el pelele de la reina). Dignísima señora: ¡Buen viaje! No sólo muere el pueblo. Os toca a vos ahora del brazo de vuestro querido. No va a ser vuestra muerte de herida limpia de navaja o de disparo de arcabuz. Eso es para nosotros, el populacho. Vos, digna Majestad, y vos Alteza, seréis colgados alto, como merecen vuestras altísimas alcurnias.
- VOCES: ¡Que los cuelguen! ¡Que los cuelguen!
- VIEJA 1: (dirigiéndose, reverenciosa, a la Vieja 3). ¡Engurdegundai! Lo tienes merecido. Ahora sí que serás la verdadera reina de las Españas. ¡Qué buenos pajarones te pescaste! Te beso humildemente los pies. Eso te aliviará los sabañons.
- TORERO: (arrojándose de un salto). ¡Dejadme solo! ¡Fuera gente del ruedo! (Una trompetilla da un toque largo, remedando el clarín de las corridas. El Torero, estoque en mano y chaquetilla al brazo, se dirige al pelele de la reina María Luisa, brindándole, montera en alto, la suerte.)
- Soberana del cascajo,  
amante del Choricero,  
dejaré de ser torero  
sinno os lo mando al carajo.
- (En medio de un silencio cita al Buco.) ¡Eh, toro! ¡Eh, ehi! ¡Vamos yai! ¡Por derecho y tranquilo! ¡Ojoi! Si me tiras al sapo, la estocada será para tí. (El Buco, dando un largo be berrido, se le arranca, pasando bajo la bhaquetilla.)
- TODOS: ¡Olé!
- TORERO: (mientras lo torea de muleta). ¡Vengai! Este pase ayudado con desplante, ¡por tunante! Este de pitón a pitón, ¡por felón! Este redondo, natural, ¡por traidor y criminal! Y este otro pase afarolado, ¡por generalísimo y ahorcado!
- TODOS: ¡Bravo! (El Torero se perfila para fingir la suerte de matar. Silencio.)
- VIEJA 3: (burlonamente). Hubilibrorda, Genuflexa: sostened a la reina. Anino, hijita. No pierdas el sentido. Muchos han acabado así. Por querer a una burra.
- TORERO: ¡Todo! ¡Eeeepi! (Señala la estocada en el aire, sobre la cabeza del Sapo, rodando el Buco por el suelo, siempre con aquél adherido a sus lomos, entre los aplausos y algarabía de la concurrencia.)
- VIEJA 3: (al pelele de la reina). ¡¿Qué tal? Tu Manolo ha rodado como un valiente. Ven y dale un abrazo... que en este último trance le va a saber más dulce que aquellos con que lo encandilabas en el real lecho. (El Buco se levanta. Las Viejas 1 y 2, alzando el pelele de la reina, lo conducen hasta sentarlo a lomos del Buco, junto al Sapo, ligándolo con éste en un estrecho abrazo) Así... Ahora no son habladerías... Juntitos, como siempre, pero a la vista del pueblo.



UNA COMPARSA: (quitándose el orinal que lleva en la cabeza y colocándolo sobre la del Sapo). ¿No suspirabas por la corona? Pues ahí la tienes ya. Puede también servirte para cualquier dolor de tripas...

VIEJAS 1, 2 y 3: (haciendo una reverencia). ¡A los pies de vuestras soberanas majestades!

UNA VOZ: ¡Muera el nuevo monarca de las Españas!

OTRA: ¡A la horca con ellos! (Entre el estruendo de los gritos y la rasca estridente de los músicos, se destaca el Ciego de la barricada.)

CIEGO: (al son de su guitarra, mientras las dos Destrozonas enmascaradas lo acompañan bailando).

Soberana señora  
de panza al trote,  
vais a reinar colgada  
por el gañote.  
¡Fuera esa mano!  
Ya sólo tengo al pueblo  
por soberano.

UN LISIADO DE LA COMPARSA: (también al son de la guitarra).

¡Valido del demonio,  
sapo maldito!  
Ya tu abierta bragueta  
no vale un pito.  
¡Fuera esa espada,  
que en valido colgado  
no vale nada!

VOCES: ¡Fuera! ¡Fuera!

FRAILE: (en tono de sermón). ¡Adúlteros empecatados! No esperéis que os absuelva. Iréis sin confesión a revolcaros eternamente en las sábanas ígneas del infierno.

MANCO: ¡Silencio! ¡Silencio! Ahora me toca a mí. ¡Milicianos! ¡Defensores de esta gran barricada madrileña! ¡Pueblo pobre y pisoteado! Ya habéis oído. ¿Estáis oído. ¿Estáis todos de acuerdo con la sentencia?

TODOS: ¡iiiiii!

MANCO: ¡Pues ahí lo tenéis! Eso es cuanto nos queda de ellos: dos horribles monigotes de trapo; pero detrás, a sus espaldas, la más humilladora entrega de España al pillaje extranjero, la ruina de nuestras tierras, de nuestras cosechas y ganados, la esclavitud de nuestras mujeres e hijos, las cárceles y los fusilamientos. ¿Quién era ése que pretendía ceñirse la corona de nuestros reyes y se colgó a sí mismo los nobles rótulos de Generalísimo y Príncipe de la Paz? Un violador de esa misma paz, un ambicioso cómplice del más odiado destructor de pueblos, derramador de infinita sangre... ¿Y qué sucede ahora? Pues que otra vez tenemos a su hipócrita amigo, a su insaciable dueño, el verdadero sapo -ese buitre carnívoro- llamando con la muerte a los heroicos muros de nuestra capital española. Ya va a rayar el alba. ¡Démonos prisa. Colguemos cuanto antes de lo alto a esos podridos símbolos de la desvergüenza y de la tiranía. ¡No volverán jamás, no pisarán jamás este suelo si hacemos todos juntos que nuestra barricada sea inexpugnable!



(Empiezan, lentos, a redoblar los tambores. El mascarón que lleva el estandarte inicia la marcha hacia la barricada. Tras él camina el Buco con los peles, rodeado por las tres Brujas y sus escobas. Los siguen el Manco con el Fraile y demás personajes del aguafuerte. En medio del silencio, sólo quebrado por el redoble de los tambores, comienza el retumbar lejano de los cañones antiaéreos y las explosiones de las primeras bombas. La comitiva no se inmuta en su ascenso. Ya en lo alto de la barricada, las Viejas 2 y 3 entregan al Manco sus escobas. Ya se oyen los motores de los aviones sobre los techos del museo. La Vieja 2 corta con sus tijeras la melena de estopa de la reina. El Manco, ayudado por el Fusilado y el Amolador, mete en un lazo corredizo el cuello de los dos peles. Y colgados de las escobas, clavadas por el palo en los sacos terreros, son lanzados al aire el cuerpo de la reina María Luisa y el del Generalísimo, su amante, que quedarán balanceándose como mudos badajos de campana. Un clamor sordo, mezcla de estupor y alegría, se escapa de las gargantas de todos, mientras las bombas incendiarias caen en otros salones del Museo del Prado y la luz del amanecer penetra, entre una lluvia de cristales rotos, por las altas monteras de la sala central. El Descabezado, que se ha puesto de pie al borde de la barricada cuando arreciaba el bombardeo, recita alto, mientras el telón desciende lentamente.)

DESCABEZADO:

¡Madridi ¡Madridi ¡Qué bien tu nombre suena  
 Rompeolas de todas las Españas.  
 La tierra se estremece, el cielo atruena.  
 Tú sonríes con plomo en las entrañas.

23 de enero de 1980

br

RECIBO DE RIO PIEDRAS  
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
 FACULTAD DE CIENCIAS  
 JOSE EMILIO GONZALEZ  
 SECRETARIO DE INVESTIGACIONES